

Editorial

En este mundo en crisis, lleno de confusiones y horrores, y a la vez de avances y promesas de un futuro mejor, ¿cómo pensar al turismo hoy? ¿Un “divertimento” de ricos o una aspiración universal que deriva en un derecho para todos?

¿Y qué sabemos del turismo? ¿Inclusive estamos ciertos de lo que llamamos “turismo”? Las definiciones contradictorias o parciales son múltiples y nadie puede aspirar a dar una única, universal, inapelable, ni siquiera el organismo internacional que se ha erigido a sí mismo como el detentor de la verdad en la materia.

Estas son las primeras reflexiones que vienen a la cabeza cuando uno se plantea escribir este corto texto a manera de introducción y mensaje inicial para esta nueva revista de la Academia Mexicana de Investigación Turística (AMIT). Y son muchas más cuando uno examina la trayectoria del fenómeno turístico en México y la forma como ha sido manejado y estudiado.

Personalmente quiero poner en la mesa unos hechos que considero importantes, desde mi propia visión –ciertamente subjetiva como cualquiera–, de este fenómeno o “proceso social” que es el turismo. En primer lugar reconocer que, afortunadamente, los gobiernos posrevolucionarios tomaron en cuenta al turismo en la política pública de forma muy temprana; la razón era sencilla: más que pensar todavía en un turismo nacional en un país apenas convaleciente de la guerra civil que lo desgarró, estaba frente a los ojos de los gobernantes la posible acogida de los vecinos del Norte, los mismos (o por lo menos una parte importante de sus ciudadanos) que hoy quieren montar el muro más impermeable de la historia entre ambos países.

Poco a poco se fue levantando un turismo internacional que encontró su despegue después de la Segunda Guerra Mundial y que no ha cesado de crecer desde entonces, con los altibajos generados por situaciones favorables para México, como la caída de Batista en Cuba y el consecuente arranque del turismo de sol y playa en Acapulco; o negativas, como nuestro propio narcoterrorismo interno, nuestras devaluaciones o las crisis cíclicas de la economía mundial y, en particular, la estadounidense.

Desde la academia, la tarea es inmensa. El retraso que tenemos en materia de análisis y propuestas coherentes sobre el proceso turístico es superior a los resultados positivos que podemos ostentar a la fecha. La explicación resulta simple pero articulada con varias situaciones: la primera es que la

política seguida en las primeras décadas del despegue turístico en México no fue favorable al desarrollo de estudios académicos independientes; la segunda es la carencia de información continua sobre numerosos subprocesos del turismo, como el turismo residencial o el nacional, y la última, y no la menor, la constituye cierto desinterés desde las ciencias sociales hacia el estudio del turismo considerado como “asunto intrascendente”, fuertemente criticado.

No obstante, podemos ser optimistas, las cosas cambian, entre otras cuestiones, gracias al esfuerzo de aquellos que han fomentado el estudio del turismo desde décadas atrás. Por una parte, sin lugar a dudas, existe una real apertura de las instancias oficiales del turismo hacia un mejoramiento de la información turística, así como a “segmentos” no tradicionales del mismo y el impulso a la investigación, aunque es cierto que todavía falta mucho por hacer.

En contraparte, la toma de conciencia del sector académico ha sido un impulso extraordinario para el desarrollo de las investigaciones turísticas. Si bien algunas entidades educativas sostienen desde hace muchos años una política de enseñanza superior y de investigación sobre el turismo en México erigiéndose en punta de lanza de la investigación académica en la materia, también es cierto que se han visto florecer estudios y grupos de investigadores en torno al tema a lo largo del país. No cabe duda de que esta floración primaveral anuncia un verano tórrido de avances en la investigación turística.

Sin embargo, como ha pasado en varias ciencias sociales, la institucionalización de los estudios del turismo requiere de diversos pasos que están en vías de cumplirse: la formación de asociaciones, grupos o redes conocidos y con una buena imagen hacia el resto de la comunidad académica. Son varios los avances en ese sentido, pero con seguridad la conformación de la AMIT ha sido decisiva para dar este paso hacia adelante, tanto porque introduce claramente la palabra investigación en su creación y denominación, como por mostrar un notorio alcance nacional, lo que permite acoger a investigadores ubicados en numerosas universidades de provincia y demás centros de estudios superiores. Debe mencionarse que la AMIT también ha logrado evitar el obstáculo del centralismo que sigue flagelando al mundo académico.

El segundo paso imperativo para la institucionalización de los estudios turísticos es contar con órganos de difusión que podemos llamar “disciplinarios” o temáticos. Sin menospreciar los progresos que se han realizado a lo largo de las últimas décadas, lo significativo de la iniciativa que tienen entre manos es la creación de una revista de investigación en buena medida independiente de las universidades y fruto del esfuerzo de una organización profesional, tampoco sometida a las presiones de otras instituciones, o al menos capaz de resistir a las tentaciones de sumisión, como es el caso de la AMIT.

Podemos recordar al respecto la importancia que tuvieron, por un lado, los *Anales de Sociología* fundados por Émile Durkheim para la consolidación

de la sociología en Francia, y por otro, los *Anales de Geografía* bajo el auspicio de Paul Vidal de La Blache en la misma época. Esperemos entonces que esta nueva revista tenga un papel similar para los estudios del turismo en nuestro país.

Empero, la institucionalización de los estudios turísticos depende en su mayoría de quienes los realizan, y en este paso estamos involucrados todos. La producción y difusión de estudios turísticos de calidad es responsabilidad de todos nosotros.

Es necesario también contestar algunas preguntas fundamentales que no han sido adecuadamente respondidas o que requieren de constantes ajustes y redefiniciones en este mundo caótico y cambiante en el que vivimos. Basta un ejemplo: hasta fechas recientes y todavía en materia de estadísticas turísticas, el “alojamiento turístico” se ha asociado esencialmente a la hotelería. Ya sabemos el daño que esta vinculación ha generado en nuestro conocimiento del turismo, en particular del nacional, reducido a contabilizar solo a quienes pueden y quieren viajar en avión. Pero hoy la cuestión candente es: ¿cómo se están desarrollando otras formas de alojamiento, por ejemplo la expansión de las viviendas turísticas rentadas mediante la red informática o el intercambio de residencias entre particulares?

Entre otras muchas cuestiones, se encuentran el desarrollo del turismo virtual, el riesgo terrorista en los cruceros, el peso de los viajes turísticos en el consumo y la huella energética total de la humanidad, o el muy real aunque poco combatido turismo sexual. Faltarían hojas y hojas para mostrar el desafío temático que tenemos enfrente, tanto en el nivel internacional, como específicamente en el caso de México.

Necesitamos creatividad de los investigadores, lo que puede ser afrontado de manera positiva gracias a la convergencia de numerosas disciplinas que aportan conceptos, métodos y enfoques cuyo maridaje, como un buen vino, es esencial para el desarrollo de los estudios turísticos. Necesitamos independencia, es decir, capacidad de crear fuera de cánones preestablecidos y generalmente negativos que pudieran encerrar a los estudios turísticos en ciertos marcos ideológicos restringidos. En breve, necesitamos todo, voluntad, carácter, libertad de pensamiento e independencia, creatividad y apertura: sí lo podemos lograr desde los estudios del turismo, como lo han logrado otras líneas de trabajo, y la revista que inicia con este número portará lejos la voz de aquellos que sostengan este esfuerzo.

DANIEL HIERNAUX-NICOLAS
Universidad Autónoma de Querétaro